



Núm. 15.

30 de Marzo de 1861.

Año I.

DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

VI.

Amor á la verdad.

Hijo mio, tan esencial el amor á la verdad, y la fé que en ella debemos tener, que despues del amor de Dios, es el mas importante de los deberes á cuyo cumplimiento está obligado el hombre. Fácilmente te convencerás de la certeza de lo que te acabo de manifestar, si consideras que la verdad absoluta, es Dios, y que por consiguiente se ama á Dios amando la verdad.

Mas difícil, ó por lo menos no tan claro, es el conocimiento de los principios que pueden sostenerse como una verdad inconcusa, pues

si bien hay algunos cuya certeza patentiza la ciencia ó la esperiencia de todos los dias, otros hay que no sujetándose á reglas, se presentan con cierta confusion, sosteniéndose solamente por medio de la fé. Para tus años es algo oscuro lo que voy diciendo; procuraré sin embargo apartar el tupido velo que generalmente cubre estas cuestiones, y aun cuando al presente no puedas penetrar hasta su fondo los argumentos que te presento, llegará un dia en que brotarán en tu alma, cual las flores en la tierra, las semillas que voy sembrando en tu corazon.

Te he dicho que hay principios cuya verdad se sostiene, porque salen en apoyo de ella la ciencia y la esperiencia. Así, por ejemplo, ante el mas tenaz y obstinado sostendrás que el fuego escita dolor, porque sabes por esperiencia, que aplicando el dedo á la llama de una bujía, has experimentado una sensacion desagradable, que te ha arrancado un doloroso ay. Sostendrás la teoría de los eclipses y procurarás destruir la preocupacion del rudo

aldeano, que guiado por su ignorancia, atribuye á causas sobrenaturales la realizacion de semejantes acontecimientos, porque la ciencia ha enseñado, comprobándotelo la experiencia, que tan extraordinario fenómeno acontece siempre y cuando la luna, cuerpo opaco, se coloca delante del sol, impidiendo llegue á la tierra su radiante luz.

Pero tu sabes que hay ciertas verdades que ni la ciencia ni la experiencia las apoyan. ¿Influirá esta circunstancia para que las aceptemos con reserva, sin estar prontos á sostener las demás? No, hijo mio: la fé en estos casos suple á la razon, y afianzados en ella creemos tan profundamente en la existencia de nuestra alma, que nadie ha visto; en su inmortalidad y en el premio que en la otra vida alcanzarán nuestras virtudes, por ejemplo, como en la existencia física de los objetos materiales que nos rodean. Debemos concluir, pues diciendo, que así como hay verdades cuyo conocimiento adquirimos por medio de los sentidos, hay otras que conocemos mediante la revelacion y la fé, y que aceptadas en principios fundándonos despues en ellas, nos sirven de norma para decidir en las cuestiones que con ellas se relacionan.

Un ejemplo te explicará mas claramente lo que quiero manifestar. Prescindamos por un momento del deber en que estamos de creer en otra vida, y aceptamos semejante verdad como otra cualquiera, cuyo conocimiento nos venga por medio de los sentidos, la luz, por ejemplo, y diremos. «Creo en la otra vida.» Atentos á ellos y sabiendo que en esta segunda vida que sigue á la muerte hemos de alcanzar la justicia que merezcan nuestras acciones, no nos desesperaremos si al recoger nuestra peregrinacion sobre la tierra encontramos solo espinas, á pesar de no habernos separado de la senda del deber, y diremos entonces. «Creo en la segunda vida, esta es una verdad, porque es necesaria para alcanzar en ella el premio que no han obtenido en este mundo nuestras buenas acciones. Es indispensable una vida que siga á esta, y por consiguiente su existencia es una verdad, porque sin ella Dios

seria injusto, ya que vemos en este mundo muchas veces premiado el criminal, en tanto que el virtuoso vive en la desgracia.» Y, ¡ay hijo mio del que no discurre de esta suerte! ¡Ay del que poniendo su razon á servicio de sus malas inclinaciones, lejos de buscar la verdad, se empeña en combatirla y en sostener viles suposiciones, que si no le conducen á la desesperacion le arrastrarán al escepticismo, es decir: á la incredulidad, á la negacion de la verdad de Dios. Si un dia, hijo de mi alma, te asalta la duda, respecto de esos eternos principios, en los cuales estriba la salvacion humana, cierra los oidos á la razon, abre los ojos á la fé, reflexiona por un momento que semejante duda se opone á la santa moral del Evangelio, y dí como aquel que negando la felicidad la halló en un sueño, «padre mio, creo en Dios.»

He insistido tanto en los medios que tienes para el conocimiento de la verdad, porque en la práctica constante de ella está fundada la existencia tranquila de la vida social. Dios ha concedido al hombre el maravilloso don de la palabra, para ponerlo en comunicacion con sus semejantes, para que mutuamente se auxiasen en sus necesidades, en una palabra: para que hagan comunes todos sus pensamientos y acciones. Reflexiona un momento sobre lo que haria el hombre sin el uso de la palabra, aun cuando estuviere dotado de razon, y comprenderás lo inmenso del beneficio que ha querido concedernos el Señor. Ahora bien: si el hombre abusando de él, en lugar de decir constantemente la verdad, faltara á ella en perjuicio de sus semejantes, ¿qué vendria á ser la sociedad humana? El mas insoportable de los estados: la mas infeliz de las repúblicas; pues ni el padre fiaria en la palabra del hijo, ni este creeria en los preceptos que su padre le inculcara. Hé aquí la razon porque nunca, bajo ningun pretesto, debe faltar el hombre á la verdad. El que una vez ha roto las trabas que el deber le impone, aun cuando despues ha resuelto no faltar nunca á tan sagrada obligacion, quebranta sus resoluciones y fácilmente incurre en el feo vicio de la mentira; y tenlo

por cierto, hijo mio: el que una sola vez ha mentido, no tiene derecho á ser creído nunca mas, sus palabras pueden ponerse en duda por aquellos que saben que faltó. No te ciegue la creencia de que no te se descubrirá tu engaño, pues para el hombre de bien es ya un castigo la convicción de que se ha envilecido y degradado faltando á un deber tan sagrado como es el de no hablar palabra que no sea verdad.

Es tan feo y repugnante el vicio de la mentira, que en todos tiempos y en todas las naciones se ha considerado indigno de permanecer entre los hombres aquel que ha contraído el torpe hábito de faltar á la verdad. Los Persas declaraban infame al mentiroso: entre los judíos el reo de mentira estaba imposibilitado para el ejercicio de un cargo judicial, y no ha faltado quien ha dicho que la mentira es el germen de cuantos males hay en el mundo. Y si bien hasta cierto punto esto es exagerado, creo que podria muy bien decirse que muchas mentiras son hijas de las acciones de los hombres, y que las restantes engendran la mayor parte de los males que afligen á la humanidad. Nace en la Arabia un hombre desconocido que ambicioso de gloria y comprendiendo el carácter de sus semejantes, teje un sin fin de mentiras é imposturas, que divulgadas en nombre de la Divinidad producen el islamismo. ¡Y cuántos errores no ha costado y costará la mentira de un solo hombre! Imposible parece sino lo consignara la historia, que el vano empeño por sostener los principios en mal hora sentados por aquel imperio impostor, por el jactancioso Mahoma haya logrado establecerlos, bien que cimentándolos sobre las ruinas de destrozados imperios, costando mares de sangre, no solo su establecimiento entre los mismos árabes, si que tambien por su efímero sosten entre las naciones que defienden la fé de Cristo. Hoy mismo millares de cristianos son víctima de la mentira de un hombre, solo porque apoyados en la religion del Evangelio, tratan de demostrar la falsedad de los principios en que se fundan los sectarios de Mahoma.

Si una sola mentira puede ser origen de tan funestas consecuencias, debes proponerte no faltar nunca á la verdad, sobre todo, cuando no pudiendo esperar ser creído, si se descubria tu engaño te llegaria hasta á serte inútil el don de la palabra. A mas de que, la mentira supone siempre temor y vanidad, y el hombre de bien que nada debe temer por ser sincero, dice siempre la verdad porque sabe que con ella sin hacerse mal á sí, proporciona un bien á los demás.

Por último, hijo mio: ten siempre presente estas palabras de un hombre tan sábio como piadoso. «Hállate dispuesto á creer en la veracidad ajena, y si se pone en duda la tuya, no te irrites, pues basta que brille á los ojos de aquel que lo ve todo.»

C. Vidal y de VALENCIANO.

RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Jesucristo, — crucificado no ha muchos dias, — era objeto de burla y escarnio para los judíos, de loca alegría para los gentiles, y de tristeza suma para los cristianos.

Jesucristo resucitado, es un gran consuelo para los cristianos, un motivo de confusion para los judíos, y objeto de veneracion para los gentiles.

La divinidad de Cristo, oscurecida á los ojos del mundo, por las injustas acriminaciones, por los crueles tormentos que sufre, y por la ignominiosa muerte á que se somete, brilla en este dia con todo su lustre y esplendor, con su gloriosa Resurreccion.

Su divina doctrina, atacada y humillada, es restablecida; sus santas máximas, desoidas é impugnadas, son oidas y acatadas; sus oráculos, sin voz ni luz, trasmiten ya su eco divino, y como la verdad, penetran los corazones.

El error, que al morir Jesucristo, se habia levantado y estendido, es confundido y atajado con su resurreccion; nuestra religion que un pueblo infiel creia muerta y sepultada con Jesucristo, revive con él: *defecerunt aquæ Jor-*

dani ante arcam fœderis domini; los apóstoles, tímidos, se fortalecen con la resurrección, y reemplaza el valor al miedo; los discípulos incrédulos, abrazan la fé, y el mundo infiel pasa á ser cristiano.

La resurrección de Jesucristo hace triunfar la verdad de su Evangelio; confirma la fé que ha predicado y atestiguado con multitud de milagros.

Como prueba de su divino poder, á su muerte la naturaleza se cubre de luto, se llena de pavor, y entre tristeza y llanto, como huérfana, llama á su Artífice y abiertamente se declara en su favor.

A pesar de tantos prodigios y tan extraordinarios acontecimientos en que se revela la divinidad de aquel que muere para redimirnos, todos esos prodigios habrían sido inútiles—para los incrédulos—á no haber sido confirmados por el milagro de la resurrección.

Estaba escrito por pluma divina, que Jesucristo tenía que morir por nuestros pecados, y que resucitaría—al tercero día—para nuestra salvación y libertad, y que rompería las cadenas con que nos aprisionó el pecado, al existir la *culpa*. Era necesario que muriese Jesucristo para satisfacer la justicia divina, y que resucitase para convencernos de su misericordia: tenía, en fin, Jesucristo que morir para destruir el pecado y enseñarnos á morir, como resucitar, para hacer revivir en nosotros la gracia divina.

Entre la muerte y resurrección de Jesucristo hay un vínculo, una relación tan estrecha, que aunque son dos misterios diferentes, no se puede hacer profesión del uno sin que se profese el otro.

La muerte de Jesucristo es el modelo, según el Apóstol, de una vida verdaderamente penitente y de una vida espiritual; así como la resurrección es el modelo de una conversión espiritual y verdadera, que no puede decirse: *defenderunt certo aquæ Jordanis, sed esto, reversæ sunt in alveum suum, et fluunt, sicut ante consueverant*.

La Iglesia católica, verdadera, única, legítima intérprete de tan altos misterios, medi-

tando acerca de la muerte de Jesucristo, llama á los fieles á penitencia, y para bien corresponder al significado que encierra, cuando vé próxima la muerte, se prepara como sentida viuda, y así desde *Septuagésima* vá poco á poco mostrando su dolor: triste, afligida, dispone que en la casa de su divino Esposo no suenen músicas alegres, y suspende el tocar el órgano y demás instrumentos armónicos, á semejanza de los israelitas, que durante su cautividad los colgaron de los sauces y se entregaron al llanto. Muere el Esposo, y la Iglesia, su Esposa, viste el negro manto; gime, llora y se deshace en lágrimas; pero resucita Jesús, y llama de nuevo á los fieles, cesan las penitencias y entonan con ella cánticos alegres y armoniosos. En señal de victoria y de triunfo, todo lo de la Iglesia en este día, son demostraciones de alegría y regocijo. Suenan las interrumpidas músicas sagradas, estiende el órganos sus sentidas notas, hienden el espacio las campanas, y entónanse victores y aleluyas, que revelan,—con bastante palidez,—la alegría y el alborozo que debió despertar la resurrección del Redentor entre los creyentes.

Como estos procuremos, perseverar en su doctrina hasta el fin, y resucitar nuestra fé con él, y oiremos el nuevo canto que alegra toda la Jerusalem celestial, que es la voz de nuestro divino Redentor Jesús, palabras que oyó de su eterno Padre al resucitar, que dicen:

—*¡Resucita, gloria mia: resucita Psalterio y Cythara mia!*

A lo que contestó el Hijo:

—*Resucitaré al crepúsculo del día.*

Y en esta alegre y risueña mañana prorumpen Jesús, después de la resurrección, en el introito, hablando con su eterno Padre:

—*¡Resucitaré y aun estoy contigo, aleluya! ¡Pusiste sobre mí tu mano, aleluya! ¡Admirable en tu sabiduría, aleluya, aleluya!...*

Casimiro CLAVIJO.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

II.

Eduarda Moreno Morales.

Venid, en torno mio; venid, ¡Oh, todos los que tengais un alma capaz de comprender y amar el sentimiento purísimo de la virtud. Quiero ofrecer á vuestros ojos un cuadro sublime, una escena poéticamente grande, cuya sola contemplacion llena los sentidos de un placer inefable.

Héle aquí: En una ciudad hermosa, perla de la Andalucía, en la oriental Granada, habitaba con su familia en una bonita casa, un digno y virtuosísimo anciano, D. Rafael Moreno Morales. Habia desempeñado muchos años el cargo de oficial primero de la inspeccion de minas de Almería, y habiendo quedado cesante, se trasladó á Granada en cuya ciudad, le encontramos, agobiado por crueles y tenaces padecimientos.

A su alrededor se agrupan su bendita y casta esposa, y sus dos angelicales hijas, la una en la infancia todavía, y la otra de doce á trece años, la cual disputaba á su madre la asistencia del enfermo, prodigándole ambas á porfia los mas delicados y tiernísimos cuidados. Empero siempre Eduarda, la mayor de las niñas, queda cerca del lecho, suplica á su madre se retiren á descansar, y esta antes de cumplir su deseo se arrodilla con sus hijas al pie del lecho, y elevan al cielo sus castas y purísimas oraciones, rogando á Dios por la salud del anciano; cumplido este piadoso deber se retiran tranquilas porque junto al noble enfermo queda un ángel de amor. ¡ay!... un ángel muy hermoso, de hechicero rostro y blandos cabellos, que continúa arrodillada con las manos unidas y murmurando sus lábios una plegaria divina.

Por fin se levanta, imprime un ósculo cariñoso en la frente de su querido padre, dispone las cortinas del lecho de modo que no le ofenda la luz, y silenciosa va á sentarse ante una

mesita, colocada á la cabecera, y allí la celestial enfermera, á los bastantes reflejos de una lámpara, y mientras el viento y la lluvia azotan los cristales de la habitacion, en tanto que su padre reposa, se entretiene en escribir dulcísimas y bellas poesias, tiernas y puras como su alma. ¡Ah! si; porque aquella mujer, ó mas bien aquella niña, que cuidadosa y solícita vela el sueño de su padre y pasa las noches junto á su lecho, es poetisa... aquellos versos son sus primeros ensayos..... son los destellos de un génio que hoy llena las Españas con su mágica armonia..Sí, amigo lector, aquel ángel de consuelo, es Eduarda Moreno Morales.... Saludádlas! ¡honor á la virtud! ¡Gloria á su nombre!...

El cuadro que he presentado con imperfecto colorido, pero que á pesar de esto se descubre en él toda la sublimidad y grandeza que encierra, se admiró por espacio de algunos años en casa de nuestra poetisa. En aquella atmósfera de paz y de virtud brotaron los primeros gérmenes. De su poesía allí entre las bendiciones de sus padres, las caricias de sus hermanos y entre el perfume sagrado de las oraciones que eleva al cielo la noble familia, se tornó su alma casta, purísima, angélica y esencialmente religiosa.

La fé, la hermosísima fé, es su primer distintivo, y basta leer sus escritos ó sus cartas, para comprender las creencias y la fé religiosa de su entusiasta corazón. ¿Y cómo no? si toda su vida ha respirado las auras vivificantes, de la virtud; ¡las dulcísimas emanaciones de la castidad y la pureza!...

Eduarda con esa modestia natural á toda persona de verdadero talento, procuraba ocultar los ensayos poéticos, hasta que una casualidad imprevista hizo que su familia los descubriese, recibiendo por ello el parabien de un reducido círculo de amigos que procuraron alentarla para que continuase cultivando el divino arte de Herrera, lo cual venció algun tanto la extrema timidez que la dominaba.

Entonces y cuando apenas contaba trece años, publicó sus primeras poesias en las cuales se retrataba el inocente corazón de una niña, tales

fueron: *Un recuerdo*, *El ramo de flores*, *Una estrella*, y otra infinidad de ese género que vieron la luz pública en los diarios de aquella provincia.

Sus amigos los aplaudieron con entusiasmo, y ella estimulada por los sinceros plácemes de la amistad, continuó escribiendo con afán. Dedicaba algunas horas á los libros, aunque pocas, porque su principal estudio estaba cifrado en las flores del valle, en la corriente de los arroyos, en el rocío de la aurora, en la soledad de los bosques, en el canto de las aves, y en fin en ese gran libro de la naturaleza, donde el poeta de corazón bebe las más sublimes inspiraciones de su alma.

En la poética, en la encantadora Granada todos deben ser poetas, por eso ha dicho un escritor contemporáneo aludiendo á su hermosura.

¿De quién que tenga un alma,
no harás un trovador?

Allí, pues, bajo su cielo azul y sereno, entre sus frondosos bosques de laurel, á las sombras de tan corpulentos álamos y al rumor de sus brisas perfumadas y suaves, elevó el arpa de Eduarda tan sonoras notas; allí se inspiró su alma hermosa y apasionada y aprendió más estudiando las flores y cantando con las aves que en todos los libros del mundo.

De tal manera llegaron á hacerse populares sus lindísimas composiciones que en 1854 fué favorecida por la respetable Academia de Granada, con el título de académica profesora de la misma y desde entonces leyó siempre desde la tribuna todos sus versos, los cuales eran aplaudidos con verdadero entusiasmo.

En 1855, tuvo la desgracia de perder á su virtuoso padre; tan dolorosa pérdida la sumió en una tristeza y abatimiento, que nada era bastante á sacarla de aquel estado. Entonces hubo una gran interrupción en sus tareas literarias, porque el tiempo del luto lo pasó rezando y llorando por la memoria de aquel ser tan bueno y tan pronto perdido. Desde este triste acontecimiento los disgustos crecieron en la familia

de Eduarda y la desgracia reposó sobre sus cabezas de una manera demasiado terrible, para poderla soportar mucho tiempo. Así fué, que una larga serie de sufrimientos y amarguras debilitaron su naturaleza quebrantando su salud de una manera dolorosa.

Su alma se ahogaba en el reducido círculo donde la encerraban, vestida siempre de riguroso luto, cerca de personas tan tristes como ella, y que por lo mismo pocos consuelos podían prestarla, veía correr los días y las noches sin que una gota de rocío refrescase su corazón desgarrado por los sufrimientos: y sin embargo, ni una queja salía de sus labios, su espíritu se consumía en su propio fuego y lo mejor de su juventud se pasaba sin recoger siquiera una flor de los jardines de la dicha.

Todos los trabajos literarios de esta época dolorosa de su vida demuestran su estado doloroso. En su bellissimo libro de poesías titulado *Ecos del alma* y que vió la luz pública por entonces, se advierten las huellas de su dolor, y sus padecimientos morales. En ese fragante ramillete de purísimas flores está el alma de Eduarda, sus sentimientos, sus penas y sus creencias. Todas las composiciones de este precioso libro llevan el sello de su melancolía.

Empero donde brilla con más fuego y lozanía la inspiración de Eduarda y su fé religiosa, es en el magnífico folleto que publicó en 1856, con el título *Amor y Gracitud* y dedicado á la Virgen de las Angustias en acción de gracias por la desaparición del cólera, que tantos estragos causó en la ciudad de Granada.

Por más que quiso ahogar entregándose á la literatura el punzante dolor que la martirizaba por la muerte de su querido padre, no lo pudo conseguir en grado desesperante. Este estado no podía durar mucho tiempo, sin aniquilar sus fuerzas por completo y su madre de acuerdo con el facultativo dispuso enviarla á Madrid al lado de un pariente de su padre.

Entonces tuvimos la dicha de tenerla en la corte catorce meses, y la tristeza de ver, que no consiguió restablecer su salud, ni borrar de su alma la huella de aquel dolor que des-

garraba hasta la última fibra de su pecho.

Sin embargo de su mal estar, en los restos de desahogo escribió varias cosas y publicó algunas novelitas cortas, tales fueron. *El Metastasio ó Episodio del siglo diez y ocho* una revista crítica de las poesías de la Señorita Leon y muchas de poesías, que vieron la luz pública en el *Mundo pintoresco*, *Album literario*, *Jóven España*, *Correo de la Moda* y otros periódicos de la corte.

No encontrando entre nosotros la salud y la alegría que tanto necesitaba y deseosa de volver al seno de su familia, regresó á Granada el 24 de Enero de 1859. Allí la aguardaban el amor de su tiernísima madre y sus buenos y leales amigos á quienes no pudo olvidar ni un instante siquiera á pesar de la continua agitación de la corte.

Eduarda es una criatura con alma de ángel y corazón de niña; semejante á una flor delicada, necesita para vivir y fortalecerse los tiernos cuidados y las constantes atenciones de las personas que la rodean. El desden para ella es la muerte, el cariño y los halagos, la salud y la vida.

Solo necesita la emulación y los aplausos para que su genio se desborde, y su encantadora lira rompa en raudales de armonía.

Su vuelta á Granada fué acogida con entusiasmo, é inmediatamente fué instada para leer en el Liceo el versículo del *Miserere*, y cuya doctrina tuvo que explicar en una silva de 22 versos.

Con su brillante talento no pudo menos de salir lucidísima en la árdua empresa, leyó su composición con arrebatadora elocuencia y aquella noche recibió la mas completa ovación, fué un verdadero triunfo, en el que se confundían con el estruendo de los prolongados aplausos, los plácemes y las ardientes felicitaciones, de todos sus amigos.

Después escribió algunos versos á la salida de los provinciales, una improvisación á la toma de Tetuan, y un canto de alabanza por la conclusión de la guerra, que leyó en la tribuna y apareció en las columnas del Bello ideal.

Ultimamente hizo una poesía á la entrada

del regimiento de Córdoba en la ciudad, que á ruego de las autoridades fué leída en el teatro principal, y otra que leyó ella misma en el Liceo y con la cual alcanzó un legítimo triunfo tanto del público, como de los gefes y oficiales. Los aplausos fueron nutridísimos, los bravos apenas la dejaban leer, y á la conclusión infinidad de ramos de flores frescas y perfumadas cayeron á sus pies.

Granada la aplaude siempre con frenético entusiasmo, y siente que la jóven poetisa no haya vista la primera luz dentro de sus muros para envanecerse por tan preciada joya. Empero le cupo esta suerte á Berja; en esta preciosa villa de la provincia de Almería, nació Eduarda el 21 de diciembre de 1838. En ella pasó la infancia, hasta los nueve años que fué á educarse en un colegio de Granada, donde ha permanecido después siendo la admiración de todos por su amor filial, sus evangélicas virtudes y su magnífico talento.

En toda la España han resonado los ecos de su lira, habiendo reproducido sus composiciones multitud de periódicos, entre ellos *El Eco de Occidente*, *El Album Granadino*, *El Medio día de Sevilla*; *La Emulación y las Delicias de Cádiz*; *La Luz de Jaen*, *La Elegancia de Irun* y otros muchos que sería prolijo enumerar.

También tuvo el honor mientras su permanencia en la corte de ser recibida por SS. MM. y de poner en sus reales manos una colección de poesías morales dedicadas á S. A. R. el Príncipe de Asturias, y que llevan el título de un *Ramillete de violetas*.

Este precioso librito permanece aun inédito, por la delicada salud de su autora que no la ha permitido dedicarse á las árduas tareas de una publicación.

Al presente y esperando reponerse del todo, variando de climas, viaja por las provincias de Andalucía, habiéndose detenido en Cádiz una temporada, donde sin duda oiremos nuevas y deliciosas armonías que aumentarán preciosas flores á la corona de gloria que ya circunda sus sienas.

Empero el mas hermoso florón de esta bri-

llante corona, es sin duda alguna el que forman sus virtudes y su excelente carácter. La que ha sido desde su infancia un modelo de amor filial, de ternura, y de generosa abnegación, no podrá menos de ser una esposa ejemplar y una madre sublime. Dichoso, el que posea su amor; ah! muy dichoso el que pueda con orgullo darla el título de esposa.

Muchos hombres miran con desden á las mujeres de talento y suelen decir «no me casaría con una escritora por todo el oro del mundo» ¡Pobres almas! compadezco á esos espíritus mezquinos y egoístas que no pueden tolerar se eleve la mujer de la esfera de ignorancia en que ha vivido hasta el presente, y figúranse que llegarán á dominarlos con su genio, y por huir de este imaginario peligro, dan su mano á uno de esos tipos que tanto abundan en la sociedad, de mujeres bonitas; pero ignorantes, vanas, sin corazón ni sentimientos y que miran el matrimonio y la maternidad, con la más estóica indiferencia; no tienen idea de la sublimidad que encierra uno y otro, y por lo tanto no cumplen jamás con los deberes, que imponen faltando á lo más sagrado de su obligación con el mismo desdén que si cambiasen de vestido.

Un hombre de corazón y de talento que tenga por compañera una de esas criaturas, ¿cuánto sufrirá si un día por falta de solicitud y de ternura ve morir al más querido de sus hijos? ¿Si ve abandonados á esos caros pedazos de sus entrañas en manos ineptas y mercenarias, en tanto que su esposa se divierte en los paseos, teatros y reuniones? Muy cruel debe ser, y sin embargo, esta conducta usan muchas que no son escritoras, que no han sentido ni pueden sentir en sus vulgares almas un sentimiento delicado.

No puede ser poetisa la que tenga un corazón duro y helado, la sensibilidad y la ternura son inherentes á las almas poéticas, y una mujer tierna y sensible no abandonará nunca sus hijos á personas estrañas, ni dejará de cumplir sus deberes por el efímero goce que pudiera proporcionarle una reunión ó un baile.

El manantial de la felicidad, el placer más

santo, más puro, y más sublime que la mujer puede disfrutar está en el fondo de su hogar, en la tranquilidad de su conciencia, en el amor de su esposo, en la sonrisa de sus hijos y en las lágrimas del infortunio que ha recorrido.

¡Desgraciada la que le busque en otra parte! ¡Ah! muy desgraciada si desdeñando tan dulcísimas y verdaderas afecciones, corre á las fiestas en pos de un placer ficticio, con el que solo conseguirá llenar su alma de amargura, y sembrar en torno suyo el llanto y la desesperación.

Y más desgraciado aún el que huyendo del imaginario peligro de ser dominado por el talento de su mujer, lo cual puede evitar con un poco de firmeza, abre los brazos á la insensatez y la ignorancia, acogiendo en su seno y dando por madre á sus hijos una criatura inepta, sino idiota, que no comprendiendo jamás su augusto carácter, no formará los infantiles corazones de aquellos inocentes con principios sólidos de piedad y de virtud, ni podrá sembrar la alegría y la felicidad en el hogar doméstico.

Faustina Saez: MELGAR.

Á LA MUERTE DE JESÚS.

IMITACION DE MINZONI.

Soneto.

Del Redentor el postrimer lamento
Abre las tumbas y estremece el mundo,
Mientras el astro, manantial fecundo
De vida y luz, se apaga macilento.

Adán en su olvidado monumento
Alza los ojos con horror profundo,
Y al buen Jesús contempla moribundo,
Pendiente de patíbulo sangriento.

El padre de la raza pecadora
Gime de compasión, no de otra suerte,
Que al dejar del Eden la mansion pura;

Y á su esposa infeliz, que también llora,
Mira y dice: «Mujer de desventura,
Yo por tí á mí Señor he dado muerte.»

Gaspar Bono SERRANO.

EL DERVÍS INSULTADO.

DE LIEBES-KIND.

El favorito de un sultan tiró una piedra á un pobre dervís que le pedia una limosna. El ultrajado anacoreta no se atrevió á decirle nada, pero cogió la piedra y la guardó. «Tarde ó temprano, pensó entre sí, se me presentará ocasion de vengarme con la misma piedra de ese hombre orgulloso y cruel.»

Algunos dias despues oyó en la calle una gran griteria, se informó y supo que el favorito habia caido en desgracia, y que el sultan le habia mandado pasear por las calles, esponiéndole á los insultos y ofensas del populacho.

Enseguida cogió el dervís su piedra, pero vuelto en sí la arrojó á un pozo diciendo: Ahora comprendo que nunca debe uno vengarse, pues si nuestro enemigo es poderoso, es una imprudencia y una locura; y si es desgraciado, es baja y crueldad.»

COSTUMBRES ANTIGUAS.

SUPLICACIONERO Y VAGAMUNDO TODO UNO.

Frase proverbial, formada sin duda en Es-

paña á últimos del siglo xvi cuando la venta de los «barquillos» ó «suplicaciones» entretenia tanta gente, que hubieron de ocuparse de su reforma los gobiernos de España y Francia.

En las Cortes de Madrid de 1575, en la peticion 85, se lee. «Otro si porque de andar por las calles suplicacioneros á vender suplicaciones, ningun otro fruto se saca sino hacer un millon de hombres que en esto entienden vagabundos y holgazanes, y que lo mismo sean los que se andan tras ellos; á V. M., suplicamos mande que ninguno pueda vender las dichas suplicaciones por las calles, sino en tienda y casa como las demás cosas.»

Disposiciones análogas se habian tomado mucho antes en Francia, particularmente en París contra los vendedores de estas golosinas. Los ex-

pendedores de barquillos recorrían las calles al anochecer, y luego, cuando se cenó mas tarde, por la noche, anunciando en alta voz su mercancía, bajo cuyo pretesto infestaban las calles y aun las casas, un gran número de gentes perdidas.

En las casas de consideracion habia un oficial adicto á la repostería encargado de fabricar los barquillos, quien en los postres debia cubrir la mesa con ellos.



El favorito castigado.

Uno de los oficios del palacio de nuestros reyes encargado de proveer las « tabletas, suplicas y barquillos, para las personas reales, era el llamado « Oblier, » voz francesa que se introdujo en el ceremonial de la Corte de España entre otras muchas con la entrada de la casa de Borgoña.

Era tambien costumbre general y admitida en la edad media, regalar en ciertos dias solemnes una sarta ó porcion de barquillos á determinadas personas, algunas de las cuales pasaron á exigir las luego de sus vasallos ó dependientes, no como un obsequio voluntario, sino como un derecho señorial que sobre ellos creian haber adquirido.

Los franceses las llaman « oublie, » nombre que segun Furetiere viene por corrupcion de « oblaye, » en español « oblea, » procedentes de « oblata, » ofrenda; de cuya palabra se sirvieron los escritores latinos modernos para significar una hostia no consagrada.

Entre los franceses tuvieron nombradía los barquillos de Lion, en cuya ciudad principiaron á darles la forma de cucurucho.

En un pregon de buen gobierno dado en la plaza Mayor de Madrid á 4 de diciembre de 1585 firmado por los alcaldes de corte, se prohibe vender por las calles públicamente « suplicas, » « buñuelos, » « melcocheas, » golosina tambien para los niños, de miel tostada, « artalejos, » especie de empanada, y « tostones » ó garbanzos tostados.

Entonces habia la costumbre de reunirse una porcion de amigos en un cuarto, en una tienda ó portal, y llamando al « Suplicacionero, » le colocaban en medio y principiaba á distribuir suplicas que los comensales iban embaulando. Satisfechos estos, tomaba la palabra el « Suplicacionero » y por medio de una arenga ó perorata « ad hoc, » que se llamaba *Echar á la buena barba* declaraba cuál de los circunstantes que habian comido barquillos debia pagar por todos, y este en efecto y sin apelacion satisfacía el escote general.

Los que ahora se llaman « barquillos, » llamáronse un dia « suplicas, » porque debajo de la primera oblea iban otras varias pe-

gadas ligeramente y formaban en su exterior como una solicitud ó « súplica, » de donde tomaron el nombre de « suplicas. »

Mas los de ahora como no suelen tener doblez debajo, sino una sola oblea despegada y esta mas ó menos encorvada en forma de « barco, » llamáronse « barquillos, » así como á las enteramente redondas y de mas pequeño diámetro se las llamó « cañutillos, » por parecerlo verdaderamente.

V. Joaquín BASTÚS.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

CASTILLA.

Bajo este nombre hay dos provincias en España, ambas con título de reino, llamadas así segun se cree, por los muchos *castillos* antiguos que habia en ellas. La una es conocida con el título de *Castilla la Vieja*, y la otra con el de *Castilla la Nueva*, con relacion al tiempo en que fueron conquistadas por los cristianos á los moros.

A mediados del siglo ix, alentados algunos grandes de *Castilla* á ejemplo de las demás provincias de la Península, trataron no solo de defender sus Estados de los moros, sino tambien de aumentar su poder con las conquistas. Los *castellanos* les dieron el título de condes, —que ya habian usado con sus gobernados en tiempo de los romanos,—siendo el primero de ellos D. Rodrigo, que murió en el año 862, y fué padre de Diego Porcelos. Este tuvo á Sulla Bella, que casó con Nuño Belchides, caballero aleman, el cual adelantó mucho las conquistas de los *castellanos*, dejando dos hijos Nuño-Rasura y Gonzalez Bustos, padre de los siete infantes de Lara.

A mas de los condes tuvieron en *Castilla* jueces para los asuntos contenciosos y de gobierno, los primeros de los cuales fueron Nuño-Rasura y Lain-Calvo, progenitor del célebre Rodrigo Diaz de Vivar, conocido con el nombre que le dieron los moros del Cid Campeador.

Mantuviéronse los condes de *Castilla* con sujecion al reino de Leon hasta Ordoño II. Despues Hernando ó Fernando Gonzalez, por lo que se distinguió contra los moros, logró la soberanía de D. Sancho I, que le eximió de todo vasallaje; y su hijo García Fernandez fué el primero que heredó el condado de *Castilla*. A este sucedió D. Sancho García, que dicen hizo beber á su madre el veneno preparado para él, á fin de poderse casar despues con un principe moro, del que estaba enamorada. En 1025, D. García reemplazó á su padre bajo la tutela de su madre Doña Elvira, y proteccion de su tio D. Sancho, rey de Navarra. Pero cuando el jóven principe iba á Leon á casarse con la infanta Doña Sancha, fué asesinado por los enemigos de su abuelo, con lo que concluyó con él la línea de los condes de Castilla; y el rey de Navarra, D. Sancho el Mayor, se apoderó de los Estados de *Castilla* en nombre de su esposa Doña Nuña, hermana de D. Sancho García, padre del principe asesinado.

Mas adelante el rey de Navarra repartió sus Estados entre sus tres hijos, y tocó el condado de *Castilla* á D. Fernando II, llamado el Grande, el cual por el matrimonio que contrajo con Doña Sancha, hermana de Bermundo III de Leon, que heredó este reino, renunció en su persona las coronas de *Castilla*, *Leon* y *Galicia* en el año 1037.

En 1479, las dos coronas de *Aragon* y *Castilla* se unieron con el matrimonio de Doña Isabel de *Castilla* con D. Fernando de *Aragon*, conocidos con el nombre de *Reyes Católicos*; y fueron los primeros que se titularon reyes de España, aunque con alguna oposicion por parte de Portugal. *Castilla la Vieja* confina al E. con *Aragon*, al O. con Leon, al N. con el Océano Cantábrico y Navarra, y al S. con *Castilla la Nueva*. Esta provincia, en lo general es llana y abundante de granos.

Sus rios principales son el Ebro, que la separa de Navarra, y el Duero que la atraviesa de E. á O., á mas de otros secundarios.

Entre las muchas cosas célebres que encierra *Castilla la Vieja*, son dignas de notar: Segovia por su antiguo y soberbio acueducto,

obra de los romanos: las ruinas de la antigua, valerosa y desgraciada Numancia, inmediatas Soria, etc.

Castilla la Nueva, conocida bajo la denominacion sarracena con el nombre de reino de Toledo, ocupa el centro de la monarquía española.

Confina con *Aragon* y *Valencia* por el E., con *Estremadura* por el O., por el N. con *Castilla la Vieja*, y tambien con *Aragon*; y por el S. con *Andalucia* y *Murcia*.

Los rios principales de *Castilla la Nueva*, son el Tajo, el Guadiana, que corre siete leguas debajo de tierra y luego vuelve á aparecer, el Jarama, el Júcar y otros mas pequeños.

En *Castilla la Nueva* se halla el grandioso Monasterio del Escorial; los deliciosísimos sitios Reales de Aranjuez, la Granja, el Pardo, etc.; Alcalá de Henares, la antigua Compluto, patria del inmortal Cervantes; Ucles, en cuyas inmediaciones existen unas ruinas que se cree son las de la antigua Segobriga; Calatrava, villa que dá nombre á una de las cuatro órdenes militares; Almaden, cuyas ruinas de azogue son las mas antiguas y ricas de Europa, etc.

EL AMOR DE MADRE.

Una italiana, llamada Clementina, vivia en una casa de campo con su marido y tres hijos, á los que amaba y cuidaba con mucha ternura.

Un dia, cuando su marido habia ido á trabajar, se sentó á la puerta despues de haber concluido sus ocupaciones, para ver lo que hacia su hijo Antonio. Jugaba este á la sombra de unos árboles con su hermana Francisca. Volvió entonces á entrar en la casa y se puso junto á la cuna en que dormia su niño de pecho, y comenzó á hilar para hacer un vestido á Francisca.

Sorprendida por un grito de su hijo, salió corriendo y le encontró con su hermana en los brazos: «¡Madre, le dijo, mira cuán-

ta sangre echa la mano de Francisca; la há mordido una serpiente!»—«¡Una serpiente!» repitió la tierna madre con espanto.—Un forastero que oyó estas palabras al pasar, la dijo:—«No puedo detenerme, voy á ver á mi padre que se halla enfermo en aquella aldea y próximo á la muerte, pero puedo darte un remedio; busca un perro y hazle chupar el veneno de la herida; mas no retardes, es preciso que lo haga antes que el veneno se comunique á la sangre.



Clementina.

El hombre se alejó dejando á Clementina sumida en la mayor desesperacion, mas recobrándose de repente, se levantó y dijo:—«Ningun perro querria chupar el veneno de su herida, pero su madre quiere hacerlo y lo hará!»—Tomó entonces á su hija entre sus brazos, acercó dulcemente los labios á la herida, y la chupó por largo rato, como si fuese á sacar de allí una nueva vida. Antonio distinguió entonces á su padre á lo lejos, y salió á su encuentro, refiriéndole lo que habia sucedido y lo que su madre habia hecho.

El padre palideció de espanto y para no caer tuvo que apoyarse en un árbol cercano:—«¿Qué haces?»—esclamó el niño y corrió hacia él como si quisiera ayudarle, pero antes de acercarse retrocedió asustado al ver una serpiente muerta, gritando:—«¡Una serpiente como esa es la que ha mordido á mi hermana!»—«Gra-

cias á Dios, exclamó su padre, pues esa no es una serpiente, sino una culebra cuya mordedura no es mortal!»

Abrazó entonces á su muger y á su hija y prosiguió lleno de alegría.—«Me habias asustado, excelente muger, pero gracias á Dios la culebra no era venenosa. Aun viviremos juntos mucho tiempo y nunca olvidaré tu ejemplo de amor materno; ese hecho quedará grabado en la memoria de nuestros hijos, y la mano de que quisiste chupar el veneno te servirá de báculo en la vegez.

José S. BIEDMA

HIGIENE DE LA NIÑEZ ¹.

II.

PRIMERA INFANCIA.

Abraza la primera infancia los siete primeros años de la vida, época llena de peligros, en la cual apenas nacidos perecen, y que dió justísimo motivo al gran médico Sauvages para afirmar que *el primer dia de la vida es el mas mortal*.

Pueden reducirse á tres las principales causas de que se origina la gran pérdida de niños en los primeros años: la lactancia imperfecta, la dentición y las fiebres eruptivas.

Nada hay mas natural y saludable que la lactancia del niño por su propia madre, y consuela el pensar que son ya muy pocas las madres que por voluntad propia entregan sus tiernos hijos á pechos mercenarios. Pero hay varios é inevitables casos en que la lactancia materna es imposible, y en la manera de suplirla encuentra ya un terrible escollo la salud del recién-nacido. Son muy pocas las personas que están bien penetradas de esto, y por eso se cometen en este punto los mas funestos é imperdonables errores.

Imaginan algunos que mientras el niño recibe con afán el alimento que se le ofrezca y no se le descomponga el vientre, tiene ya asegurada su alimentacion y garantizada su vida; mas esto no es tan exacto como parece. El es-

¹ Véase el núm. 3.º, pág. 46.

tómago y los órganos digestivos de un niño que acaba de nacer, son sumamente delicados é irritables, y aun en los niños de naturaleza mas sana y robusta, puede acarrear alteraciones muy graves el uso de alimentos no apropiados á esa irritabilidad. Dado caso que el estómago reciba bien el alimento y que tampoco lo rechacen los intestinos, queda todavía la dificultad de su absorcion y su paso á través de los numerosos vasitos y glandulitas destinados á recoger y enviar á la sangre la sustancia nutritiva. Si esta es de fuerza mayor de la correspondiente á la edad del niño, esos delicados vasitos y glandulitas no le dan fácil paso, se irritan, y acaban por cerrarse casi totalmente ó no dar paso sino á materiales poco nutritivos y alterados. Al cabo de tiempo el niño empieza á desmejorarse, cae en consuncion ó adquiere otras enfermedades, y nadie atina con la causa real de tan triste cambio. La terminacion de este estado es siempre funesta, si á tiempo no lo evita el consejo de una persona inteligente.

Es ya refran vulgar, que no alimenta lo que se come, sino lo que se digiere; pero en los niños es muy importante, es cuestion de vida ó muerte el digerir bien. Se necesita una naturaleza privilegiada en un niño, para que habiéndose alimentado mal en sus primeros años, no arrastre toda su vida una existencia enfermiza, si por dicha ha tenido fuerzas para triunfar de las dolencias de la edad primera.

No hay por eso cosa mas difícil que alimentar bien y sin peligro alguno á los recién-nacidos privados del pecho materno. El *único medio seguro* de suplir á este es el pecho de una nodriza sana y recién parida. A la dificultad de encontrarla debe atribuirse la dolorosa pérdida de tantos inocentes niños en los hospicios y en las clases pobres trabajadoras. El arte que tan hábilmente imita á la naturaleza en otros casos, no ha podido ya en este, ni imitarla siquiera con buen éxito.

La naturaleza ha de ser, pues, la que proporcione el medio de suplirse á sí misma. Cuando *absolutamente* no sea posible encomendar á una mujer, madre ó nodriza, la lactan-

cia de un niño, puédesse sin recelo apelar al recurso de una cabra, cuidando como es de suponer, de alimentar á este animal saludablemente, sin plantas algunas aromáticas ni medicinales, y de proporcionarle aire puro para respirar y limpia y ventilada vivienda.

Por mas que se citen casos escepcionales de niños que sin haber tomado el pecho de mujer alguna, ni recibido tampoco la lactancia de una cabra han crecido sanos y robustos, debe considerarse como una peligrosa imprudencia el dar á los niños antes de los seis meses primeros de su vida, otro alimento que el que nos ofrece la naturaleza. Ya que no sea posible siempre la lactancia materna, es indispensable á lo menos que durante ese tiempo sea leche precisamente el *único* alimento del niño.

(Se continuará).

Ignacio Oliver de BRICHFEUS.

Á QUINTANA ¹.

¿En dónde está tu fin, Quintana? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? ¿En esa fosa
Que un cadáver helado al mundo esconde?
¿Por qué el soplo inmortal de tu alma hermosa,
A tu albedrío, cuál antes no responde
Ha de quedar tu nombre en esa losa?
Glorias que alcanza el génio y la virtud
No las guarda, Quintana, un ataud.

¿Quién á Guzmán el Bueno dá al olvido,
De Covadonga los heróicos pechos
Si tus sentidos versos ha leído?
De Trafalgar los mástiles deshechos,
De la mar la bonanza ó el bramido,
De Villalár los servidos despechos...
Si no es para calma su desventura
Y cantar el amor y la hermosura!...

De Guttemberg y Bálmis, los sentidos
Himnos á sus virtudes dedicados,
Por su fé y sus afanes merecidos,
Por tí tan dignamente celebrados.

¹ Ofrenda de veneracion al gran poeta.

Los reyes en sus tumbas acogidos
Convocar ante el mundo á ser juzgados,
Y el temor acallando su conciencia,
Condenarles severo en su sentencia.

La libertad cantar cuando oprimida
Y entre grillos la Patria contemplaba,
La Patria y libertad que de su vida
Era la auréola que su fé guiaba.
Jamás lira sonó tan aguerrida
Si en su brillo y su gloria la pulsaba,
De patriotismo el elevado aliento
Infundiéndole á todos con su acento.

Tú que la humanidad do quier seguiste
Y con sábios consejos ilustraste,
Las cívicas virtudes le infundiste,
Sus progresos y afanes coronaste;
Tú que en mentor del pueblo te erigiste...
¿Piensas podrá jamás, este olvidarte
Porque tu cuerpo yace aquí sin vida?
La humanidad jamás, Quintana, olvida.

Templos erigirá que tu memoria
A sus hijos el mármol les trasmita,
Mudo respeto á tu alcanzada gloria
Al hombre honrado que en el mundo habita.
De oro tendrás, Quintana, tú en la historia
Bellas hojas que el tiempo no marchita,
Lozanas siempre y para siempre hermosas
Espejo de las almas ventur osas.

« ¡Qué importa empero, recordar ahora
De su hermosa virtud la alta esperanza »
Si en sus antros la tierra ya atesora
Cuerpo que mereció tanta alabanza!...
Mas ¡ay! ¿un pueblo entero no le llora
Y á rendirle una ofrenda no se lanza?
Si su luto y dolor es puro y cierto...
Vives aun Quintana, tú no has muerto.

Faustino BASTÚS.

AMBICION.

Cogió un niño cierto dia
Una flor linda del prado
Y su aroma delicado
Aspiró con alegría.

Y exclamó con dulce acento,
Embriagado con su olor:
—Madre, quisiera ser flor
Para embalsamar el viento.

Entretanto que así hablaba
Una avecilla ligera
Cruzó la fértil pradera
Donde el niño se encontraba.

Y al verla el niño reacio
Dijo con acento grave:
—Madre, quisiera ser ave
Para cruzar el espacio.

La brisa entonces gimió
Y con movimiento blando
Una nube fué elevando
Que de vista se perdió.

Siguiendo el niño su vuelo
Dijo con voz altanera:
—Madre, ser nube quisiera
Para llegar hasta el cielo.

Un suspiro de cariño
La madre dejó escapar
Y luego sin vacilar

De este modo dijo al niño:
—Insensatas ambiciones

Ocupan tu corazon;
Hoy solo caprichos son,
Mañana serán pasiones.

Sujeta tu anhelo extraño
Y así feliz vivirás;
No hay nada que amargue mas'
Que la hiel de un desengaño.

Quieres en tu empeño loco
Ser flor, ser ave, ser nube.....
Muy alta tu mente sube
Y el niño vale muy poco.

Hombre llegarás á ser,
Y cuando pierdas la calma,
¡Ay de tí, niño del alma,
Si no te sabes vencer!
No tu pensamiento asombre
Ser flor, ser nube, ser ave.....
¡Dichoso el hombre que sabe
Llegar al fin á ser hombre!

Rafael BLASCO.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Todos nuestros mas caros sentimientos,
los sacrificamos siempre al oscuro porvenir.

—Los egoistas viven tanto para si propios,
que no sacrifican el mas ligero instante de su
vida por los demás.

—La insensibilidad se confunde fácilmente
con el valor.

—Todo rostro paralizado, encierra un alma
de hielo.

—Cuando la impaciencia nos acosa, somos
injustos hasta la temeridad.

—Los celos de amor propio son iracundos y
vengativos: los de amor verdadero son gene-
rosos, á la par que amarguísimos y sombríos.

—La duda es hermana de la agonía.

—Cuanto mas santifique un hombre sus he-
chos, menos creas en ellos; pues el que es
bueno realmente jamás hace su panegírico.

—Toda persona sin honra, habla de las
agenas.

—Cuando se habla mucho de un hecho, se
logra gastarlo completamente.

—La música alborozza las almas sensibles y
destroza los pechos vulgares.

EL PALACIO Y LA CHOZA.

CUENTO.

En un delicioso valle de Suiza se levantaba un pericueto, el cual pertenecía por mitad á un rico señor y á un honrado aldeano que edificára allí su choza para disfrutar de las galas de la naturaleza, ya que la suerte no le proporcionaba otras. En esta mansion sencilla, cuanto saludable, vivia con su mujer y un niño de tres años, tierno y sencillo como flor temprana, cuando llegó cierto dia á su puerta el propietario de la otra mitad del pericueto con proposicion de comprarle su parte. Escusóse el labrador diciéndole que allí vivia contento, y que dificilmente hallaría otro sitio tan ameno para levantar su casa. Insistió el caballero, pero nada pudo conseguir del labrador. En su resolucion de habitar en aquel país, que le aseguraban los médicos, aliviaria la afeccion de pecho de su esposa, mandó construir un suntuoso palacio, con elevados miradores, tocando á la choza del labriego.

Empleáronse dos años en la construccion del palacio.

El dueño de este tenia dos niñas donosas y hechiceras, y un niño de unos seis años, travieso y orgulloso; pero macilento.

En la soledad del valle, falto de compañeros para distraerse, adquirió amistad con el hijo del labrador, bien que siempre quería imponerle su voluntad, lo que hacia huyese el pobre niño su trato y jugase mas á gusto solo. Pero sencillo y complaciente, sufría resignado la altanería de aquel que se gozaba en humillarle y apostrofarle. Tanto le molestó, que el pobre niño le hizo ver un dia, que lo que le



El palacio y la choza.

faltaba de dotes y riquezas, poseia de fuerza física, y le dió un cachete. Con esta leccion práctica, fué mas circunspecto el castigado; pero no cesó por esto de humillarle, ensalzando su casa, linage y bienes de fortuna.

Un dia que estaban jugando los dos niños en el piso alto del mirador del palacio, ultrajó el rico al pobre de tal modo, que resentido este le cogió por la espalda, levantóle con vigor, le aproximó al antepecho de la ventana, y sacando parte de su cuerpo al campo, le dijo:

—Ahí tienes un defecto de ser tu casa tan elevada, si te suelto te estrellas en la mia que es mas humilde y está debajo de la tuya: tú tienes mas riquezas que yo, pero en cambio tengo mas fuerzas que tú, y con ellas gano mí sustento y ayudo á mis padres: viniste á reclamar mi amistad, porque te aburrías rechazado por tus hermanas, y yo te la otorgué

creyendo sincero tu afecto; pero supuesto que es falso tu cariño, guárdate de humillarme tercera vez!

Y sin causarle el menor daño, le dejó en el suelo y se marchó.

El niño orgulloso que se vió suspendido en el espacio, que comprendió habia estado á merced del labriego, á quien tantas veces ofendiera, y que en lugar de vengarse solo le habia dado consejos, comprendiendo la leccion, deprimió su orgullo, solicitó de nuevo la amistad del labriego, y como hermanos pasaron toda la vida.

Faustino BASTÚS.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.

LA MALDAD.

La maldad es tan vieja como el mundo, es horrorosa y repugnante á la vista. Las telas de araña de que está cubierta, representan las tramas que urde para enredar y atraer sus víctimas.

El oso blanco es el mas fiero de su especie.

El cuchillo y el puñal son las armas favoritas de la maldad.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE ESCOCIA É INGLATERRA: SIGLO XVI.

Una reina en su palacio, ejecuta una sentida romanza en el piano. Un músico, que hace las veces de secretario, la acompaña con el tiorbo.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.